

de los hombres superficiales... lo cual es tildar á aquella inmensa nacion de un vicio que no merece, debiendo ser por otra reconocido su mérito literario. El origen de estos defectos consistió en la ignorancia de los maestros, en su abuso y en su obstinacion, hasta que haciéndose familiares, pasó á ser tenida por cosa preciosa y de mérito lo mismo que era antes estimado por verdaderamente ridículo.

A fin, pues, de no omitir noticias curiosísimas que hallamos en la obra de Henry, respecto á varios oradores anteriores ó próximos á nuestra escuela mística, vamos á dar de ellos una ligera idea, aunque para esto nos veamos precisados á retroceder ó avanzar algun tanto en la marcha que nos habíamos propuesto seguir.

Menot.

Religioso franciscano y profesor de teología; Menot predicó con feliz éxito en Tours y en París á fines del siglo XV. Todos sus sermones se dividen en dos partes: la primera puramente teológica, y la segunda moral. El texto tomado de la sagrada Escritura, generalmente está bien elegido y aplicado con oportunidad. Las citas demuestran un estenso conocimiento de las sagradas letras, de los PP. y de algunos autores profanos. Se nota tambien por las alusiones á los escritos de la Rosa, y por trozos tomados de Villon, que no desconocia la literatura contemporánea. La coleccion de sus sermones se titula: *Sermones quadragesimales, olim Turonis declamati.*

Para confirmar cuanto hemos dicho, circunscribiremos nuestras observaciones sobre las comparaciones vulgares y los apólogos que constituyen los principales defectos y las bellezas de este orador.

Menot se propone hacer comprender en cierta ocasion á sus oyentes lo difícil que es su ministerio, los obstáculos que la divina palabra encuentra con hombres consagrados enteramente á los placeres, ávidos de honores y riquezas, y no ataca directamente los extravíos del siglo; haciendo comprender su odiosidad por medio de una imágen, no vá á buscar esta en paraje muy alto ni muy lejano, sino que un lugar sencillo se la proporciona, y aludiendo maliciosamente á un corral en medio de la córte, les dice:

«Así como la gallina que encuentra que picar y comer en el corral durante largo tiempo, inútilmente se la llama al gallinero; del mismo modo las personas que hallan distraccion en el campo del mundo, rehusan volver á Dios, que los invita á que entren en su conciencia; permanecen divertidos todo el dia, y no sé si tendrán tiempo para volver á Dios; otros están en la actualidad ocupados en conseguir gracia de la córte, y no hallarán tampoco el tiempo para volver al Señor.»

Es esta una imágen familiar y sencilla; pero si era seguro que producía mayor efecto el llamamiento hácia Dios bajo aquella forma chistosa, que valiéndose de una declamacion ridicula y afectada, ¿por qué la severidad de la crítica? Por ventura, ¿podrá negársenos que así iba encaminada la leccion mas directamente á su destino?

En otra parte emplea Menot una comparacion feliz para exhortar á los cristianos á que no se dejen distraer por los bienes terrenales, procurando siempre aspirar á la perfeccion.

«Observad, les dice, la alondra, luego que ha tomado vuelo; esta avecilla desprecia las semillas esparcidas por el suelo, y sin dejar de cantar se eleva al cielo.»

Queriendo demostrar á su auditorio en cierta ocasion que por ser Dios testigo de nuestros pecados, no es por esto su autor, no se entretiene en disertar sobre la presciencia, ni sobre el libre albedrio, ni sobre la eternidad; sino que sienta su tésis en imágenes, habla á los ojos, y por medio de estos á la inteligencia. Oigámosle:

«Supongamos, dice, que esta noche dos hombres pretenden bañarse en el Loire. Me direis: ¡Vaya una locura! ¡apenas podemos abrigarnos en nuestras casas, y ellos completamente desnudos han de sumergirse gustosos en agua fria!... Uno de ellos se acerca al hoyo que hay junto al puente, se zambulle en él y arriesga su vida. Desde lo alto del puente grita uno:—Amigo, no vayais por ahí; el estravagante no hace caso y se ahoga. Su compañero, por el contrario, aprovecha el aviso, y consigue salvarse...

Ahora os pregunto: ¿Es, por ventura, el hombre subido en el puente causa del riesgo y de la desgracia del ahogado? En iguales circunstancias se halla el Señor respecto á los pecadores: semejante al testigo que está sobre el puente, conoce el riesgo á donde corre el pecador obcecado, y lo vé precipitarse al abismo, y no quiere su pérdida ni la ocasiona, sino que por el contrario, desea impedirlo; del mismo modo Dios, al vernos correr hácia nuestra condenacion, no la quiere, sino que la impide, y sin coartar nuestra libertad, nos muestra repetidas veces que vamos á nuestra ruina.»

Positivamente es oportuna esta comparacion; pues nada era mas propio para interesar á los sencillos habitantes de Tours y hacerles comprender un misterio que inquieta la fé de los ignorantes. Tampoco podrá nadie alegar que falta el colorido de la localidad á aquel cuadro: Menot no se contenta con hablar por medio de imágenes, sino que tiene en con-

sideracion el tiempo y el paraje en que está. Habla en una noche de invierno á los vecinos de Tours, y saca partido de estas circunstancias; se refiere á sus oyentes, al puente que todos conocen, y al rio de cuya posesion están envanecidos; de este modo los que le escuchan no podrán menos de convenir unánimes en que tanto el hombre que se pierde, como el que se salva, no es por la iniquidad de Dios, sino por su propia voluntad.

Citemos otra comparacion:

«Si los hombres supieran el tiempo que tienen que vivir, dedicarían á los placeres la mejor parte, y quizá emplearían el resto para alabar al Señor. Si alguien pudiera decir «me quedan treinta años de vida,» se dedicaría tranquilo al robo y el libertinaje; pero nosotros somos como el pájaro sobre la rama, que cantando muere del tiro que repentinamente le hiere.»

¡Qué habilmente colocada está esta comparacion! ¡Qué rasgo tan imprevisto! ¡Qué rectitud y qué tierna melancolía! ¡Cuán involuntariamente se dirige nuestro pensamiento hácia aquel pájaro de una de las fábulas de La Fontaine:

*¡Mortalmente herido por emplumada flecha!*

Las narraciones de Menot, no son menos notables que sus apólogos.

El principal interés de sus discursos consiste en ciertos pormenores familiares, que colocan la leccion al alcance de todos, y reduciendo el hecho á las proporciones humanas, escitan un sentimiento patético adecuado á la capacidad de un

auditorio vulgar. Esta cualidad se halla en sumo grado en la narracion de la muerte del impío. Masillon trató despues el mismo asunto, pero de una manera enteramente distinta; diferencia que debe esplicarse mas por el auditorio que por el orador: las generalidades convienen á los talentos cultivados; mas el vulgo no se interesa sino en los pormenores, por lo que es preciso que todo se le muestre con el dedo, y que se llegue hasta su inteligencia por medio de sus ojos. Menot manifiesta, así como muchos de los oradores de esta época, todo lo que desea hacer comprender, y esto constituye su mérito principal.

La narracion del sermonario está tomada de la crónica de Eusebio; es un hecho histórico, una realidad; domina á sus oyentes y tiene fija su atencion. Describe primero la vida disoluta del impío, sus bailes, sus festines y sus orgías. Dios se cansa, la enfermedad viene y el impío se encuentra postrado en el lecho del dolor. Llega su confesor, y lo despide, aunque con delicadas formas. El sacerdote vuelve desconsolado con el santo viático, y tiene igual acogida, regresando á su iglesia sin haberle recibido. Entretanto el moribundo vé en sueños escrita su condenacion en el libro de la vida. La desesperacion se apodera de su corazon, sin moverlo al arrepentimiento; durante tres dias su lengua, fuera de la boca, se mueve convulsivamente pronunciando estrañas palabras. Por último, la mujer del impío le avisa que es tiempo de que otorgue el testamento. Llega el escribano, y hallándose reunida toda la familia alrededor del lecho de muerte, el moribundo dicta del siguiente modo su última voluntad:

«Como es justo que cada cual sea retribuido segun sus

méritos, y en vista de que nunca me he confesado, que en este mundo no he adquirido nada sino por engaño, y que he seguido la voluntad del diablo, doy mi alma al infierno y quiero que me entierren en el averno.

Pero la misericordia de Dios es grande, dicen los concurrentes.—Nó, replica el moribundo; el fallo está dado, pasó para mí el tiempo de la misericordia.

Y vosotras, añade dirigiéndose á sus hijas, colocadas alrededor de su lecho, que para dotaros y ataviaros segun vuestros deseos me he visto en la precision de enriquecerme por medio de la injusticia, puesto que habeis sido los instrumentos de mi condenacion eterna, y no queriendo abandonaros ni olvidaros en mi testamento, doy á vosotras, á mi mujer, á mis hijos y á los vuestros á todos los demonios del infierno.

Así que todo hubo concluido, continúa despues el orador, bajó del cielo una tempestad y no se halló ya otra cosa sino el pestilente polvo de un cadáver.»

Esta narracion, tan hábilmente desenvuelta y terminada de un modo tan violento, debia producir un terror inmenso. Las circunstancias de aquella impenitencia final, estensamente referidas, y la rapidez de la venganza divina, forman un contraste, que seria el triunfo del artista, si no fuera el resultado de un feliz encuentro. No obstante, hallazgos de esta especie no los suelen tener los oradores vulgares.

Cuando Menot defiende la causa del pobre oprimido, su corazon se exalta y halla en él las mas hermosas inspiraciones. Duda Henry que la elocuencia del púlpito suministre muchos trozos comparables con el siguiente.

«En nuestros días, dice, los señores jueces llevan largos trajes y sus mujeres se visten como princesas; pero ¡ah! si sus vestiduras se pusieran en una prensa, estoy seguro que de ellas correría la sangre de los pobres.—Señores magistrados, ¿son de vuestro patrimonio las rentas que gastais? Positivamente que nó; y mientras tanto los infelices huérfanos menores reciben de vosotros tutores para aprender un oficio, y los poneis bajo las garras de los lobos, para que los roben y los dejen sin nada; oidme bien, y no dudeis que sus clamores suben hasta el cielo y hasta el trono de Dios. ¿Sabéis á dónde van los lamentos de los huérfanos y de las viudas? van á Dios mismo para pedirle venganza de los que los han despojado. Sobre todos vosotros reside el gran Juez soberano.»

Quando el asunto lo permite, Menot suele espresar ideas nobles y patéticas, casi sin mezclar la familiaridad. No alegaremos otra prueba de esto mas que el siguiente trozo, muy parecido á la melancólica balada de Villon y su patético estribillo:

«El que tiene siempre la muerte delante de sus ojos, con facilidad triunfa de la tentacion; el que sin cesar piensa que debe morir, desprecia sin violencia todas las cosas. Preguntemos á los santos del paraíso qué es lo que hicieron tantas veces durante sus oraciones en el desierto, y cómo pudieron abstenerse de las bebidas, de los juegos y de las diversiones. Veremos que aun cuando San Gerónimo recibió el birrete cardenalicio y lo aceptó por obedecer al soberano Pontífice, sin embargo, al presenciar la corrupcion de la corte, se retiró al desierto, donde tambien fué tentado; cuando esto sucedia se daba fuertes golpes con una piedra, hacia un hoyo en el suelo y se enterraba en él hasta la cintura, diciendo: «Te devuelvo, cuerpo miserable, á la tierra de donde has salido.» En aquella

actitud pasaba días enteros sin comer otra cosa que las yerbas que podia coger, semejante á la oveja del prado. Quizá pasó de este modo diez y seis ó veinte años de su existencia.—¿Pero qué es pasar diez y seis ó veinte años en las delicias del siglo y satisfacer sus gustos, para acto continuo ser sepultado durante la eternidad en el fuego del infierno? De este modo el pensamiento de la muerte nos encamina á la penitencia: todos morimos, y á la manera que el agua, nos sepultamos en la tierra y no volvemos á salir á la superficie. Sí, señores; todos caminamos á la muerte. El agua del Loire no deja de correr; ¿pero es acaso el agua que vemos la misma del día anterior la que en este momento pasa por debajo del puente? ¿es la que pasó ayer? El pueblo que reside hoy en esta ciudad, ¿es el mismo que habia hace cien años? Ahora estoy aquí, el año próximo venidero oireis otro predicador. ¿Dónde está el rey Luis, tan temido en otro tiempo? ¿y aquel Carlos, que en la flor de su juventud hacia temblar la Italia? ¡Ay! la tierra ha podrido ya su cadáver. ¿Dónde están todas aquellas damas de quienes tanto se ha hablado? ¿no habeis leído la novela de Rosa y Melusina, é ignorais la suerte de tantas otras celebradas hermosuras? Ya veis que todos morimos, y que así como las aguas, entramos en la tierra para no volver mas á la superficie; pero mucho me temo que si Dios no echa una mirada de misericordia sobre nosotros, vayamos todos al infierno cual indignos pecadores. Quiero, pues, persuadiros á que sin demora hagais penitencia, para que el Señor se aplaque con vosotros, segun el testo que he escogido: *Señor, no estéis irritado.*»

Si se tiene en consideracion que los trozos anteriores, semejantes á los cuales podríamos alegar muchos otros de diversos predicadores, se hallan tomados, casi sin eleccion, de discursos copiados imperfectamente y mutilados las mas veces por medio de análisis y abreviaturas; si se examina que todos

son de Menot, uno de los mas desacreditados sermonarios y el que comunmente se presenta en Francia como el tipo de la bufonada y del cinismo, creemos que será preciso reconocer que se ha hablado con demasiada ligereza acerca de aquellos piadosos oradores, cuyos discursos justifican en parte la admiracion de sus contemporáneos, y aunque muy desfigurados, protestan contra el desprecio y el desden con que se les mira comunmente aun en nuestros dias.

Menot, segun se ha visto, es un hombre extraordinariamente vivo é ingenioso, conocedor de las reglas mas sencillas de la elocuencia, y que sabe sin estudio indignarse y enternecerse. No se contenta con llamar la atencion de su auditorio y escitarlo con hábiles narraciones y con palabras satíricas, sino que se apodera vivamente del alma, la agita y la conmueve fuertemente con invectivas y con apóstrofes de seguro efecto.

Uno de los caractéres de los predicadores de los siglos medios y de los primeros dias del renacimiento, es el haber conservado el favor de las clases inferiores de la sociedad, atacando con preferencia á los fuertes y á los poderosos, reprendiendo los vicios en aquellos cuyo ejemplo es mas funesto. Aquellos apóstrofes, tan vivos y tan punzantes, se dirigian á los eclesiásticos, á los palaciegos y á las personas de la córte.

«Si se pusieran en prensa, decia á las damas, esos vestidos con que os adornais, correria de ellos la sangre de los pobres.»

En presencia del pueblo, el orador cristiano se indigna y emplea su elocuencia para desarmar á sus opresores; tal es

la verdadera mision del púlpito, porque siendo el sacerdote el intérprete de la palabra evangélica, deber suyo es predicar á los pobres la resignacion y la paciencia en sus trabajos, y á los ricos y á los que gobiernan para enternecer y suavizar sus corazones las dulzuras y recompensas eternas de la caridad. Todos los esfuerzos humanos que tiendan á mejorar la condicion de las clases inferiores, serán estériles y se emplearán inútilmente, si no están apoyados por el sentimiento religioso, por la *caridad*, que nos enseña el único medio de compadecernos de la miseria de nuestros hermanos y socorrerlos sin humillarlos. La ciencia moderna, al demostrar de dónde proceden las riquezas y de dónde se acumulan, no puede menos de inspirar envidia á los unos y terror á los otros. Los que se dicen amigos del pueblo comienzan por dividir la sociedad, formando grupos enemigos entre sí. El Evangelio es el único que puede recomendar la paciencia á los pobres y la caridad á los ricos. Por consiguiente, siempre que vemos á un orador, fiel á tan elevada mision, siempre que le oimos tronar contra las violencias ejercidas sobre el débil, podemos decir que está en su puesto, que llena su vocacion y que es un digno intérprete de la moral evangélica. Estas simpatias tan vivas en favor del pobre las hemos señalado constantemente en los oradores posteriores á las Cruzadas y en otros muchos, siendo la base de sus mas nobles y mas elocuentes impulsos. Tal es el verdadero terreno de la elocuencia religiosa.

No decimos por esto que al lado de aquellos arranques de elevada elocuencia, muy conformes con el espíritu evangélico, no se encuentren gran número de faltas que, por lo general, provienen del genio sutil y sofisticado de aquella época.

No es creible que estos oradores hayan sido estraños á los hábitos de la inteligencia y del lenguaje de su siglo; porque cualquiera que sea la superioridad del talento, el hombre sufre, siente la influencia de lo que oye y de lo que tiene alrededor de sí. De este modo los predicadores, y Menot el primero, para mostrar la sutileza de talento que todavía se hallaba en boga, se permiten comparaciones que en la actualidad nos parecen pueriles. Así, para enumerar el catálogo de los crímenes, recordarán el alfabeto llamándole el Símbolo de todos los pecados, y tomando en seguida todas las letras, irán diciendo: «*A*, representa la avaricia, *B*, tal crimen, *C*, tal otro,» continuando de este modo hasta que las hayan agotado todas. Otra vez compararán la mision de Jesucristo y las diferentes fases de su vida con la marcha del sol y su paso por los diferentes signos del Zodiaco. Y nos dirán: «Los astrólogos nos enseñan que el sol pasa por los diferentes signos del cielo. Ahora bien. Jesucristo, que es el sol de justicia, pasa tambien por diferentes signos: está en el signo de Libra, cuando hace justicia á los hombres; en el de Géminis, cuando toma una doble naturaleza; en el de Leo, cuando juzga á todos sin escepcion de personas; en el de Scorpio, cuando castiga á los culpables; en el de Virgo, cuando se encarna y baja al vientre de la Virgen Maria.» Los signos del Zodiaco hallan de este modo su aplicacion en varias circunstancias de la vida de Jesucristo. Hay en esto afectacion, sutileza y positivamente mal gusto; pero á decir verdad, mucho mejor es hacer del sol el símbolo de Jesucristo, que trasformar, segun Dupuis, á Jesucristo en símbolo del sol. La falsa elocuencia es siempre menos funesta que la falsa ciencia. Además, aquellas comparaciones eran objeto de admiracion para los

contemporáneos, y se dice con gusto todo lo que ha de ser aplaudido. Los escritores y los oradores, igualmente que los hombres políticos, son todos, hasta cierto punto, esclavos de sus contemporáneos, siervos del sufragio y de la admiracion de los que los oyen.

Así, pues, seamos mas benignos con oradores como Menot, sabiendo que deben atenuarse todas las reconvencciones que se le han dirigido; que la hábrara mezcla de las dos lenguas es obra de los que reunieron sus discursos, no debiendo en su consecuencia imputárseles la parte burlesca que de aquella mezcla resulta; que los chistes que desdicen del estilo sério nunca fueron para ellos un fin, sino un medio muchas veces empleado con estraordinaria habilidad. Sabemos, por último, que el cinismo aparente de las espresiones es solo un efecto accidental, que dimana del progreso de la delicadeza, pues lo que hoy nos parece cínico, era antes cómico y pasaba por natural. Quedan, pues, de cuanto hemos dicho, los hábitos familiares del lenguaje, las sutilezas, la afectacion, el mal gusto; pero todo esto dista mucho de las reconvencciones, que por lo general se dirigen á los sermonarios, haciéndose preciso, dice Henry, reformar la opinion admitida y modificar un fallo respecto á los oradores de la época que nos ocupa, tan injusto como infundado.

OLIVERIO MAILLARD, á quien perjudica como orador la profundidad de su talento y sus estudios teológicos, ejerció el ministerio del púlpito en la córte de Luis XI y fué despues confesor de Carlos VIII. Este insigne sacerdote hizo en uno de sus discursos la siguiente reflexion respecto de los homicidas, que merece citarse: